

Resonancias y silencios sobre la inseguridad

Juan S. Pegoraro

No creo que sea aventurado diagnosticar que el fenómeno de la inseguridad–seguridad ha ido ampliando su efecto en todos los espacios sociales pero afectando de manera y grado diferente a distintos sectores sociales: quienes más lo sufren son los sectores excluidos socialmente, casi el 50% de la población, y paralelamente sus niveles de inseguridad son escasamente señalados por los medios de comunicación. Por otra parte la “inseguridad” (me refiero a la personal) parece ser ya un fenómeno que forma parte del horizonte de las sociedades modernas, en particular en Latinoamérica; en todas las grandes ciudades de la región suenan voces de alarma por este fenómeno y se suceden las convocatorias y marchas públicas de ciudadanos que reclaman una solución.

Pero parece que resolver este problema está más allá de las posibilidades inmediatas de los gobiernos, cualquiera sea el signo de estos. Las propuestas tanto de la derecha como de la izquierda no son demasiado diferentes, aunque considero más reflexivas y menos ampulosas o retóricas a las de este último signo en la medida que apuntan hacia causas originadas en un orden social injusto, excluyente y desigual. Si no se remueven tales causas nos alejamos de cualquier propuesta sensata para bajar los niveles de la inseguridad física y también de la violencia interpersonal.

En este sentido se puede decir que la seguridad es un derecho cada vez más mercantilizado en tanto lo obtienen los que pueden pagarlo, aquellos que pueden contratar un *plus* de seguridad privada, que si bien no les garantiza la inmunidad total, les hace sentir más protegidos por alarmas, perros, rejas, barrios cerrados; prueba de ello es la proliferación de las agencias de seguridad formadas en su mayoría por personas que revistan en las fuerzas armadas, ya sea policía o ejército.

Por otra parte las manifestaciones masivas de ciudadanos en repudio a la violencia y por el problema de la inseguridad tuvo en Argentina, precisamente en Buenos Aires, un ejemplo fuerte cuando el padre de Axel

Blumberg, un joven asesinado por sus secuestradores, convocó a más de cien mil personas que marcharon hacia el Congreso de la Nación a reclamar leyes más duras. Dicha marcha fue, a diferencia de otras convocadas por hechos similares, mucho más masiva y claramente pluriclasista ya que el origen social de la víctima le otorgaba, para sectores sociales pobres, una especial consideración. En Sociología la teoría de los “grupos de referencia” ha sido utilizada para explicar conductas de individuos que tienden a asimilarse o parecerse a las de posiciones sociales más altas. Pero estas posiciones no son sólo imitadas en los comportamientos sino también en el deseo de compartir sus vicisitudes, lo que lleva a estar cerca de ellos y de alguna manera pertenecer a su mundo aunque sea solo por momentos. Esto explica que las marchas convocadas para reclamar justicia ante el asesinato de jóvenes de escasos recursos (algunos de ellos por parte de policías) hayan tenido una resonancia numérica escasa en comparación con el eco que tuvo Juan Carlos Blumberg en la suya. ¿Qué mejor entonces que acompañar y mezclarse con un grupo triunfador socialmente como el que frecuentaba el joven asesinado y el grupo convocante de sus amigos y conocidos?

Y como corolario, la violencia con la que han reaccionado sectores afectados por el accionar policial en el corriente mes de junio hace pensar que el fenómeno de la inseguridad está generando reacciones de una violencia inédita por parte de la sociedad. Claro que casi todos los hechos delictivos resonantes de los últimos tiempos (secuestros, robos, asesinatos de supuestos delincuentes, ajuste de cuentas) involucraron e involucran a personal policial, lo que ha potenciado el descrédito de esta institución y, por lo tanto, la idea de que la sociedad –sectores de la sociedad– puede “hacer justicia” por sí misma sin la mediación de las instituciones creadas por las leyes estatales. Creo al respecto necesario recuperar la memoria de un par de décadas atrás donde acciones semejantes, también motivadas en deseos de justicia se transformaron en una lucha que dejó muchos muertos y desaparecidos en la medida en que el Estado fue logrando delictualizar o criminalizar estas acciones transformando diversas formas de protesta en acciones “delictivas-subversivas” y descargando todo su aparato, material e ideológico, con el

resultado de naturalizar su reacción en una supuesta "defensa del orden social".

En este sentido se están escuchando numerosas voces de políticos, periodistas, y otros formadores de opinión que centran su análisis y reclamo en el ahora, negando la consideración de este fenómeno como un proceso y cancelando así la historia y la biografía de sus autores. Hacer justicia siempre es muy complejo, y diría incluso hasta relativo, pero más aún es hacerlo en un orden desigual e injusto. *Ley y Orden* son una prioridad absoluta para la derecha política y social y, por lo tanto, a este sector le preocupa más la violencia de un grupo de personas contra una comisaría o la ocupación de una cadena de venta de comida chatarra que la sumisión en la miseria de la mitad de la población, los delitos de gatillo fácil o los asesinatos de militantes sociales como los ocurridos en los últimos casos, en los que ha participado la policía o alguno de sus protegidos o sicarios.